

100

jugadores del
ATHLETIC

DE WILLIAM A WILLIAMS

Eduardo Rodríguez



CIENX100

Lectio **le** ediciones

• Colección Cien × 100 — 25 •

100 jugadores del Athletic

(de William a Williams)

Eduardo Rodríguez

ediciones
Lectio

Primera edición: octubre de 2017

© del texto: Eduardo Rodríguez

© de la edición:

9 Grupo Editorial

Lectio Ediciones

C/ Muntaner 200, ático 8ª • 08036 Barcelona

Tel. 977 60 25 91 - 93 363 08 23

lectio@lectio.es

www.lectio.es

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-16918-20-1

DL T 1101-2017

ÍNDICE

Acto de contrición (a modo de introducción)	7
1. William Llewellyn Dyer	11
2. Juan Astorquia	14
3. Enrique Goiri.....	16
4. Alejandro de la Sota Eizaguirre	18
5. José María Belausteguigoitia, <i>Belauste</i>	20
6. Didixein.....	22
7. Martyn Veitch	24
8. Cecilio Ibarreche.....	26
9. Rafael Moreno Aranzadi, <i>Pichichi</i>	28
10. Domingo Gómez-Acedo	30
11. Sabino Bilbao	32
12. José Antonio Aguirre	34
13. Aniceto Alonso, <i>Toralpy</i>	36
14. Gregorio Blasco.....	38
15. Juan Garizurieta, <i>Pichi</i>	40
16. Agustín Souto Arana, <i>Bata</i>	42
17. Guillermo Gorostiza, <i>Bala Roja</i>	44
18. Juan Urquizu	46
19. Demetrio Felipés	48
20. Ángel Zubieta.....	50
21. Roberto Bertol	52
22. Agustín <i>Piru</i> Gaínza	54
23. José Luis López Panizo.....	56
24. Telmo Zarraonaindia, <i>Zarra</i>	58
25. Rafa Iriondo.....	60
26. Raimondo Pérez Lezama	62
27. Rafael Escudero	64
28. Venancio Pérez García	66
29. José Luis Molinuevo	68
30. Manuel Martínez, <i>Manolín</i>	70
31. José Luis Artetxe.....	72

32. Jesús Garay	74
33. Carmelo Cedrún.....	76
34. Eneko Arieta, <i>Arieta I</i>	78
35. José María Maguregui	80
36. Félix Marcaida	82
37. Mauricio Ugartemendia, <i>Mauri</i>	84
38. Ignacio Uribe	86
39. Armando Merodio.....	88
40. Koldo Aguirre	90
41. José María Argoitia.....	92
42. Koldo Etxeberria	94
43. Isidoro Latatu	95
44. Iñaki Sáez	96
45. Fidel Uriarte	98
46. José Ángel Iribar.....	100
47. Antón Arieta, <i>Arieta II</i>	102
48. Juan Antonio Deusto	104
49. José Ramón Martínez Larrauri.....	106
50. Mateo Félix Zubiaga.....	108
51. Txetxu Rojo, <i>Rojo I</i>	110
52. Nico Estéfano.....	112
53. Javier Clemente.....	114
54. Josu Ortuondo.....	116
55. Carlos Ruiz.....	118
56. Ángel María Villar	120
57. Agustín Guisasola	122
58. Pedro Zabalza	124
59. Daniel Ruiz Bazán, <i>Dani</i>	126
60. Andoni Goikoetxea	128
61. Javier Irureta	130
62. José Ramón Alexanco.....	132
63. Manu Sarabia.....	134
64. Estanislao Argote.....	136
65. Miguel de Andrés	138
66. Carlos Meléndez	140
67. Txema Noriega.....	142
68. Txetxu Gallego.....	144
69. Ismael Urtubi.....	145
70. Endika Guarrotxena.....	147
71. Andoni Zubizarreta	149
72. Íñigo Liceranzu.....	151
73. Julio Salinas	153
74. Genar Andrinua.....	155
75. Kike Ayúcar.....	157

76. Ander Garitano	159
77. Josu Urrutia	161
78. Lorenzo Juarros, <i>Loren</i>	163
79. Ernesto Valverde	165
80. Aitor Larrazabal.....	167
81. José Ángel <i>Cuco</i> Ziganda	169
82. Julen Guerrero	171
83. Joseba Etxeberria	173
84. Ismael Urzaiz.....	175
85. Bixente Lizarazu	177
86. Roberto Ríos.....	179
87. Fran Yeste	181
88. Carlos Gurpegui	183
89. Aritz Aduriz.....	185
90. Nerea Onaindia.....	187
91. Elisabeth Ibarra.....	188
92. Andoni Iraola.....	190
93. Erika Vázquez	192
94. Fernando Llorente	193
95. Javi Martínez	195
96. Gaizka Toquero.....	197
97. Óscar de Marcos	199
98. Jonás Ramalho	201
99. Aymeric Laporte	203
100. Iñaki Williams	205

ACTO DE CONTRICIÓN (A MODO DE INTRODUCCIÓN)

Elegir es un acto subjetivo; por lo tanto, sometido al error, al dolor y a la injusticia. Elegir 100 futbolistas de la historia del Athletic supone descartar a 523, según el censo oficial del club que figura en su sitio web, a los que habría que sumar las 85 mujeres que han pasado por el equipo femenino. En tales condiciones, cualquier elección está abocada al juicio sumarásimos de cada cual, como la elección de los 23 jugadores que acuden a un Mundial es siempre una decisión mejorable, cuando no desacertada, para los aficionados de cualquier país. Evitarlo hubiera obligado a utilizar un baremo estadístico: los jugadores con más partidos, con más goles, por orden de edad, como debutantes, por longevidad y un largo etcétera. ¿Pero cuál elegir, entonces? Eso también hubiera sido una decisión subjetiva. La única decisión objetiva ha sido ordenarlos por la fecha de su debut. Cualquier otro criterio hubiera sido igualmente válido.

Atrapado, pues, en un debate sin solución, los 100 futbolistas elegidos no lo son por el puro gusto del autor, aunque está presente en muchos de ellos, sino por una suma de cualidades, situaciones, características, anécdotas o significados de su paso por el Athletic a lo largo de 119 años de historia. No es pues una lista de los cien mejores basada en criterio alguno, sino en la trascendencia y en la curiosidad que despiertan en el autor aquellos futbolistas que vio y que no vio, que conoció durante y después de su carrera y aquellos otros a los que solo conoció por la historia, la bibliografía o la hemeroteca. O por la transmisión oral de sus mayores, tanto o más válida que los datos o los análisis, porque en el fondo el fútbol es un laberinto de

emociones, muy ligado a la infancia. Una suma de instantes que en algunos casos se convierte en carrera futbolística y en otros se queda agarrada a un momento inolvidable.

En cualquier caso, estoy convencido de que no menos de un sesenta por ciento de estos futbolistas estarían en la lista que elaborarían todos y cada uno de los aficionados rojiblancos. El resto variaría según la edad del autor, que condiciona lo vivido y, por lo tanto, temporaliza de distinta manera las emociones. Cuando se encuesta al aficionado sobre quién ha sido el mejor jugador del Athletic, la respuesta varía en función de la edad: Pichichi, Gaínza, Iribar, Guerrero... Más de un siglo de historia da para muchos ídolos, todos en circunstancias diferentes.

Una de las conclusiones que se obtienen al repasar la historia del Athletic a través de sus jugadores es que a mayor profesionalización del fútbol, más planas son las historias personales, como si el fútbol hubiera absorbido hasta la sequedad las inquietudes de los futbolistas. Cuanto más se retrocede en el tiempo, el futbolista presenta perfiles más atractivos, personalidades más definidas, contrastes más acusados. Entre una historia de ayer y una historia de hoy existe la misma distancia que entre el fútbol de ayer y el fútbol de hoy: es mejor el de hoy pero era más emocionante el de ayer.

Por eso este libro va navegando entre la historia y las historias, entre los significantes y los significados, huyendo del dominio de los datos (la nueva religión del fútbol) y entrecruzando lo objetivo con lo más subjetivo, es decir, la vivencia o la opinión del autor, a sabiendas de que no estará solo en ese camino. El Athletic ha atravesado a lo largo de su historia mares y desiertos, vergeles y secarrales, llanadas y cumbres; años de gloria y años de rutina, pero cada época, cada equipo, más allá de los triunfos o las depresiones, tuvo futbolistas singulares, jugadores que consiguieron logros y jugadores que evitaron fracasos.

De todo hay en este huerto centenario. De los 623 futbolistas masculinos que militaron en el Athletic, 19 no disputaron ningún partido, y poco más de la mitad (331) consiguieron marcar al menos un gol. De las 85 mujeres del equipo femenino, fundado en 2002, solo una futbolista no ha jugado partido alguno y 33 no han marcado ningún gol. Más allá de la estadística (el instrumento de la nueva

religión futbolística), los datos indican que hay muchas historias más allá y más acá del éxito y la notoriedad.

Por eso, a todos cuantos no están, mis disculpas; a quienes echen en falta a los que no están, se ruega clemencia. Y a quienes están, que sepan que son representantes de los ausentes, porque, como dijo Alfredo Di Stéfano, "uno solo no es mejor que todos juntos".

01 / 100

WILLIAM LLEWELLYN DYER

Nosotros no trajimos ingleses, trajimos el fútbol.

JOSÉ JULIÁN LERTXUNDI, expresidente del Athletic

Podía haber sido Armand Cazeaux, francés, o Walter Evans, inglés, más estiloso que el resto, dicen las pocas referencias históricas del pleistoceno rojiblanco. Pero William Llewellyn Dyer, aparte de su nombre sonoro, de aire aristocrático, bien puede ser el estandarte del fútbol iniciático del Athletic que junto a los dos citados y ocho vizcaínos consiguieron el primer torneo oficial (oficioso, para algunos) disputado en España en 1902 con motivo de la coronación de Alfonso XIII. Dyer marcó, en el primer partido contra el Espanyol (5-1), un gol de penalti, quizás el primer penalti lanzado en España, y un día después consiguió cuatro de los ocho que el Bizcaya (así se llamaba lo que luego fue el Athletic) al New Football de Madrid, antes de vencer en la final al Barcelona, donde no marcó. Es decir, suyo fue el primer penalti y la primera superación del *hat trick* (conseguido por Evans el primer día) tan de moda y tan valorado en el fútbol actual. Sus estadísticas son escuetas, pero no discretas. Estuvo cuatro temporadas en el Athletic (o Bizcaya, que tanto da) y ganó tres Copas, la única competición que se disputaba en los albores del siglo XX. Es decir, ganó tres Copas jugando cuatro partidos en los que consiguió cinco goles en cuatro años de pertenencia. ¿Índice de valoración? Tiende al infinito.

Pero más allá de sus virtudes futbolísticas, de las que no hay constancia escrita, como casi de ningún otro jugador porque el fútbol en 1901 producía la misma indiferencia que un teléfono móvil en 1960

y nunca le robaría el espacio a un buen suceso en la ciudad, William Llewellyn Dyer era un tipo singular. Como otros compatriotas británicos criaron el gusanillo del fútbol en Bilbao partiendo de su concepto atlético del deporte. Como buen inglés, nacido en Sunderland en 1883, practicaba el criquet, pero además era un amante del tenis, de las regatas y del boxeo, o sea, de todas las artes deportivas de la burguesía británica que heredaba las costumbres de la aristocracia palaciega.

William Dyer llegó a Bilbao de la mano de su padre, Sidney, que se entregó a los negocios de compra de mineral para venderlo luego a las fundiciones del sur de Gales. Su padre, como cualquier otro de los que llegaban en los ferris de las islas, bien pudiera haber inspirado la tradicional canción de "un inglés vino a Bilbao, a ver la Ría y el mar...", aunque realmente no les interesaba el mar sino las minas que abastecían a las fábricas y poblaciones inglesas en un trajín incansable de barcos de ida y vuelta. A la muerte de su padre, que había sido cónsul honorario de Gran Bretaña en Bilbao, William se hizo cargo del negocio familiar mientras se implicaba en los asuntos de la villa. Pocas cosas se hacían en esa época sin la participación de negociantes u oficinistas ingleses. William Dyer se interesó por los toros y participó en la creación del club Cocherito de Bilbao, en homenaje al torero local Cástor Jaureguibeitia Ibarra, pero sobre todo participó en la fundación del Athletic por miembros del Gimnasio Zamacois de la calle Ronda, en el corazón de Bilbao, tras las reuniones en el café García, del número 8 de la calle Gran Vía. Lo fundó y participó como jugador cuatro años. Eran los aborígenes del Athletic, nacieran donde lo hicieran, cultivados muchos de ellos en el Reino Unido por razones de estudio o comercio. Bilbao era, en aquellos tiempos, un minúsculo germen de la Commonwealth de la que permanecen muchos vestigios.

No consta de qué jugaba Dyer, aunque se antoja que era un delantero centro tal y como los archivos describen las alineaciones. Y porque quizás los penaltis entonces los tiraba el delantero centro, que solía llevar a gala ser el más fuerte, el más poderoso, el más voluptuoso pegando a la pelota. Y si él tiró el primer penalti, debía cumplir todos los requisitos. La potencia fue el primer requisito del fútbol. A fin de cuentas, se trataba de meter cuanto antes el balón en

la portería, de la forma más rápida, y la mejor conocida era empotrar a rivales y portero, sobre todo al portero, en aquel armario sellado de tres palos.

Dyer, junto a tantos otros, había fundado el Athletic, fruto de la unión del Bilbao (donde solo jugaba un bilbaíno rodeado de ingleses) y el Athletic, y había participado en su primer título en solo tres partidos. Su actividad, como la de todos, eran los negocios, heredados de su padre. El mineral era el balón productivo, la pelota tan solo era una afición. Por eso era imposible imaginar siquiera que estaban fundando una religión que perdura más de un siglo.

A poco de iniciarse la Guerra Civil Española, William Dyer murió en San Juan de Luz, en 1936, a los 53 años cumplidos o por cumplir, porque en el archivo rojiblanco no consta la fecha exacta de su muerte, solo su año. Pero William tuvo al menos un hijo, Patrick, que, según han revelado Iñaki Anasagasti y Koldo San Sebastián en su libro *Nuestro hombre en Bilbao*, fue responsable del servicio de espionaje inglés MI-16 en la capital vizcaína durante la Segunda Guerra Mundial, controlando el trasiego portuario de los alemanes y colaborando con los grupos nacionalistas vascos tras la caída de Bilbao.

Se podía haber elegido a Armand Cazeaux, que ponía la sutileza francesa al servicio de un deporte tan inglés, o Walter Evans, o los que vinieron después como Cockram, Davies, Mills, hasta que el Athletic redujo su nómina inglesa al banquillo e instauró su filosofía nunca escrita que perdura hasta hoy con algunos ejercicios de equilibrismo. Sus apellidos se pierden en el tiempo. En el fondo eran aficionados que dedicaban su tiempo libre a esos cuatro, cinco, siete partidos que adornan sus estadísticas cuando el Athletic no llegaba ni a la cincuentena de socios. Tenía algo de evangélico el asunto, aunque quienes sembraron el fútbol en Bilbao, como William Llewellyn Dyer, nunca creyeron que estaban esparciendo el grano. Los pioneros, por definición, nunca saben dónde acaba su camino.

02 / 100

JUAN ASTORQUIA

Si no sabes adónde vas, cualquier camino te lleva allá.

GEORGE HARRISON, guitarrista de The Beatles

Hoy en día, identificar a un futbolista por su bigote resultaría har- to sencillo por su desuso. El corte de pelo y, sobre todo, los tatua- jes definen la personalidad de los futbolistas como los mostachos a principios del siglo XX definían a aquellos pioneros del balompié, *football* para ser fiel al lenguaje de la época. De los once futbolistas del Bizcaya (suma del Athletic y el Bilbao) que vencieron en la final al Barcelona (2-1) en la Copa de la Coronación de Alfonso XIII, nueve lucían los mostachos de temporada. Uno de los dos barbilampiños pudiera ser Evans, un británico de aspecto juvenil cuya palidez y apa- rente delgadez (según las fotografías) contrasta con el aspecto fiero de sus compañeros, que unían a su corpulencia la impronta de sus mostachos.

Juan Astorquia era uno de ellos, el del bigote más imponente y mejor cuidado, con esos semicírculos que ascendían por la comisura de los labios que le daban un aire aristocrático a ese muchacho que había estudiado cuatro años en Manchester, como tantos jóvenes de la alta burguesía bilbaína, y se había traído de las islas la pasión por el naciente fútbol junto a sus conocimientos empresariales. Su tez more- na contrastaba con la palidez de Evans tanto como su bigote. Evans, dicen (aunque las referencias son escasas), era lo que ahora se llamaría un futbolista de calidad; Astorquia, lo que ahora se definiría como un jugador potente, aunque el fútbol iniciático, como es sabido, se basaba en la potencia, en la capacidad de arrollar al rival: "Los jugadores se

juntan, se amontonan, se pisan, se atropellan, algunos quedan jadeantes y perniquebrados", así definía el nuevo deporte el diario *Panorama*.

Juan Astorquia jugó oficialmente en el Athletic cinco partidos, los primeros cinco oficiales del nuevo deporte en España, y marcó cinco goles. Dos campeonatos de Copa, o sea, dos temporadas. Quizás marcó el primer gol oficial de la competición futbolística en España. O quizás no. El periodismo de la época atendía el *football* como se observa a un bicho raro. De ahí que la exactitud no fuera la norma en las noticias, más que crónicas, de ese suceso. Según algunas fuentes, el primer gol lo anotó Ponz, del Espanyol, y el Bizcaya remontó después marcando cinco goles. Según otras, Astorquia hizo el primer gol. O Evans. Visto el espíritu precursor del joven bilbaíno, bien podría ser lo segundo. Fue de los mejores jugadores de las escuelas de Manchester, que lamentaron su marcha; fue fundador del Athletic, jugador, capitán (equivalente a entrenador) y presidente. Las cuatro cosas al mismo tiempo. Algo así como el primero de la clase. El primero también que arengó a sus jugadores haciendo que la arenga y el fútbol nacieran al mismo tiempo. Ocurrió en 1903, en la final del Campeonato de España ante el Real Madrid. Los bilbaínos perdían por 2-0 y en el descanso el presidente-capitán-jugador Juan Astorquia intentó con sus palabras levantar el ánimo de la tropa, cariacontecida por el inesperado resultado. No constan las palabras o gritos que dijo o profirió. No había micrófonos en el vestuario. Trascendió después que concluyó su alocución gritando: "Por el Athletic, por Bilbao", aunque las versiones también difieren en los matices. Quizás (¿quién lo sabe?) fue el primer grito de ánimo que exacerbaba el espíritu de pertenencia a un club que hizo de él bandera hasta nuestros días.

También el primero (o de los primeros) en morir, muy joven, a los 33 años, en 1905. Detrás quedaba un club que ya empezaba a estructurarse, tras las tardes de picnic con un balón, los retos a los ingleses, la reunión del Athletic (más nativo) y el Bilbao (más británico) y el primer acercamiento de las clases populares a un juego que aún practicaba (como el rugby, el gimnasio, el ciclismo) la alta burguesía y los empleados ingleses que pululaban por las empresas, los cafés (en el café García de la Gran Vía, donde empezó todo y donde Madame Vesperaux dirigía una Filarmónica de cinco señoritas) y en las sociedades deportivas y recreativas del anglófilo Bilbao. Los mostachos perduraron en el tiempo.

03 / 100

ENRIQUE GOIRI

La música es para el alma lo que la gimnasia para el cuerpo.

PLATÓN

El patrón de la época dictaba que los primeros futbolistas eran sobre todo multidisciplinarios. Las escuetas biografías de los pioneros coinciden casi siempre en su pasión por el deporte en general. Una mezcla de culto al cuerpo y a la diversión (y diversidad) física que definía a los *sportmen* e importada de las islas donde el deporte distinguía a los aristócratas reservando el espíritu de supervivencia a las clases populares. El pueblo hacía deporte en las minas, en las siderurgias, en las fundiciones... La aristocracia y la alta burguesía en los gimnasios, en los campos de fútbol o rugby, en los combates de boxeo o sobre una bicicleta.

Prácticamente todos los pioneros del Athletic practicaban varios deportes, atletas que de pronto encontraron en un balón (globo de cuero, lo llamaban algunos periódicos) un apasionado motivo de diversión que además comenzaba a llenar el escaso ocio de la clase obrera.

Enrique Goiri solo perteneció dos años al Athletic, con el que ganó dos Copas, las primeras. Algunos lo sitúan como defensa, otros como medio... difícil acertar con las posiciones, tal como ahora las entendemos, por cuanto el fútbol entonces era más voluptuoso que táctico y el empuje, más necesario que la ubicación. Seguramente, como todos, jugó de todo.

Goiri fue uno de los fundadores de *la Sucursal*, como se denominó al Athletic de Madrid, creado por jóvenes vascos en 1903 y precursor

del actual Atlético de Madrid. Fue su primer tesorero y árbitro del primer partido que los actuales *colchoneros* jugaron tras las tapias del Retiro en un amistoso entre los socios del club. Doble fundador, pues, del Athletic y del Athletic de Madrid. Ahí concluyó, que se sepa, su actividad deportiva.

Lo que le hizo especial no fueron esos partidos, esos primeros títulos, aunque no marcó ningún gol, sino el volatín que dio su vida del fútbol a la música, algo inhabitual incluso en los tiempos actuales (salvo algunas gamberradas musicales y alguna excepción loable). Cuentan los noticieros de la época que Enrique Goiri reapareció... como tenor. Y que incluso fue contratado en Nueva York en 1909 participando también en distintas óperas por España. Se da por hecho que el Enrique Goiri tenor fue el Enrique Goiri futbolista, a pesar de que otras aproximaciones históricas se acercan a otro Goiri, aunque de más dudosa fiabilidad.

ALEJANDRO DE LA SOTA EIZAGUIRRE

*El más grande movimiento revolucionario a que condujo
la estructuración del foot-ball association.*

Referencia a la profesionalización del fútbol en el libro
Divagaciones que nos trae el foot ball, de ALEJANDRO DE LA SOTA ABURTO

Cuando se habla de los De la Sota, conviene citar el segundo apellido. Familia de rancio abolengo, adinerada, empresarial, de propiedades múltiples, imbricada en el tejido social bilbaíno, y de raigambre nacionalista, llegaban algunos parientes a llamarse igual por lo que conviene fijarse en el segundo apellido para no mezclar los asuntos. Es el caso de Alejandro de la Sota Eizaguirre, futbolista y presidente del Athletic, y Alejandro de la Sota Aburto, primos que coincidían en su amor al fútbol aunque con distintos perfiles cada uno. El primero jugó en el Athletic entre 1901 y 1905. Ganó tres Copas, como tantos otros, pero fue (junto a sus compañeros) el primero en sentir el amargor de la derrota cuando el Real Madrid venció 1-0 al Athletic en la final de 1905. Pero también tuvo el honor de marcar el gol del triunfo dos años antes, ante el mismo rival. Fue un centro de Evans (del barbilampiño, ¿de quién si no?) que Alejandro de la Sota empujó a la red con el pecho. Entonces, como ahora, se remataba con cualquier cosa que valiera para hacer gol, pero antes, además, se remataba más a menudo. Dijo el goleador que ese gol no lo había rematado con el pecho, "sino con el corazón". Ocurrió en el partido de la famosa arenga de Juan Astorquia en el descanso. El patriotismo identitario del Athletic encontraba su segunda bandera y escribía el segundo renglón del sentido de pertenencia.

Fue su contribución como futbolista. Luego se convirtió en presidente del club entre 1911 y 1917 (según los datos oficiales del club) y bajo su mandato nació la nueva filosofía del Athletic: desaparecieron los extranjeros de sus alineaciones y el club, que ya vestía de rojiblanco, se alimentó de producto autóctono. No acabó ahí su contribución a la entidad, porque bajo su mandato se creó San Mamés, toda vez que los campos de Lamiako, primero, y Jolaseta, después, se quedaban pequeños y lejanos para un deporte y un equipo que crecían a pasos agigantados.

Su primo, también Alejandro, pero de segundo Aburto, cronista, literato, dejó en sus *Divagaciones* todo un manual de la trascendencia social y política del fútbol, muy importada de Inglaterra, donde el clero y la aristocracia ya preveían la trascendencia de ese deporte respecto a la clase obrera. Ese libro, publicado en 1932, asentaba el debate sobre la necesaria profesionalización del fútbol, una decisión que respecto al Athletic ya había adoptado otro De la Sota, Manuel, de segundo también Aburto, como presidente del club entre 1926 y 1929. Quienes se aferraron al amateurismo, caso del Arenas, el Real Unión o el Europa catalán, cayeron al sótano del fútbol del que nunca regresaron. Difícil, pues, concebir el Athletic sin los De la Sota.